

Vida con Bonifaz

Sandro Cohen

Corría el mes de noviembre de 1982 cuando acudí a una cita memorable en el aeropuerto Benito Juárez de la Ciudad de México. No solo viajaría a Nueva York para dar una serie de conferencias acerca de la nueva literatura mexicana en varias universidades, sino que me sería dado conocer, en persona, a uno de los grandes poetas del siglo XX en cualquier idioma: Rubén Bonifaz Nuño.

De pronto, frente a los mostradores de Aeroméxico en lo que entonces era la única terminal, vi a un hombre de mediana estatura, de bigote amplio, cabello cano y revuelto, en traje de tres piezas, chaleco brocado, leontina y *pin* de la Universidad Nacional Autónoma de México.

—¡Es un honor conocerlo, don Rubén! —balbuceé porque no sabía qué otra cosa decirle. Además, uno era joven y tenía que parecer serio—. He leído varias veces *De otro modo lo mismo*, y hasta publiqué una reseña en la *Revista de la Universidad*.

—Por supuesto —comentó en voz apenas audible—. Ya la leí. Le faltaron adjetivos... —y dos segundos después estalló en carcajadas. Así conocí a don Rubén: bromista, solidario, generoso y sabio. Solo se mostraba serio cuando se trataba de hablar de la literatura que más quería, de sus maestros, de lo que uno puede aprender de los mayores, de lo que vale la pena aprender. Acerca de sí mismo, y consigo mismo, era de sangre muy ligera, y así se comportaba con los nuevos amigos que haría en aquel viaje: René Avilés Fabila, Bernardo Ruiz, Martha Robles y quien esto firma. A Marco Antonio Campos, Vicente Quirarte y Carlos Montemayor, Rubén los conocía desde antes por azares de la vida universitaria. De hecho fue Carlos (1947-2010) quien organizó el viaje en su calidad de *zar* de la cultura en la UAM.

Trato de evitar ser inoportuno cuando se trata de convivir cercanamente con *gente famosa*. Hay un periodo entre el momento cuando uno conoce a alguien y cuan-

do se da un trato familiar lleno de experiencias y emociones compartidas. En ese lapso, nunca sé bien si mi presencia es bienvenida o si constituyo una molestia. Rubén jamás me hizo sentir esto. Nos tuteamos desde el principio y jamás se negó a conversar conmigo, ofrecerme algún consejo —fuera literario o personal—, tomarme la llamada, explicarme una minucia de la gramática española, leer y comentar algún poema mío. Pero solía pensarlo dos o tres veces antes de hacerle esa pregunta, antes de llamarlo por teléfono, antes de vencer mis propios temores de enseñarle algún poema nuevo o traducción en que estuviera trabajando. Sabía que don Rubén siempre se encontraba ocupado en algo, fuera en cuestiones universitarias o en la traducción de Homero o Virgilio o Propertio, o en sus ensayos sobre la iconografía indígena.

En una ocasión lo acompañé al Museo de Antropología. Únicamente éramos él y yo. Ya no recuerdo cómo se hizo ese milagro: la oportunidad de ver las serpientes, jaguares y demás esculturas en piedra pertenecientes a la Sala Mexica a través de los ojos y la sensibilidad de Bonifaz Nuño. Me explicaba qué sucedía cuando se juntaban, de perfil y encontradas, dos cabezas de serpiente: se veía, en medio, otra cabeza vista de frente —¿de ser humano, de serpiente?—, imagen que siempre relacionamos con Tláloc.¹ El ojo derecho de la serpiente de la izquierda era el ojo izquierdo de la tercera figura. El ojo izquierdo de la serpiente de la derecha era el ojo derecho de esta imagen de Tláloc. De repente, me di cuenta de que había que ver casi todas las esculturas mexicas en no solo tres dimensiones, sino que también había que

¹ Bonifaz Nuño explora éste y muchos otros conceptos fundamentales de la cosmogonía indígena mexicana en el libro *Imagen de Tláloc*. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1986, 190 pp. En la página 72 leemos: “La imagen de Tláloc [...], solo se constituye cuando las cabezas de serpiente se combinan, formando unidad, con la figura humana”.

observarlas en su contexto y percatarse de cómo encajaban en el mundo al mismo tiempo que *representaban* al mundo.

Nos paramos frente a la Coatlicue. Me confesó Rubén que le había tenido miedo, que sentía fortísimas vibraciones, sensaciones extrañas que emanaban de ella.

—Vine diario durante muchas semanas —me confió—, y le preguntaba a la piedra: “¿Qué quieres decirme? ¿Qué eres? ¿Quién eres?”. Y me sentaba a escucharla, hasta que me habló, hasta que me di cuenta, y el mundo se abrió.

Me habló de la falda de serpientes y el collar de corazones, de las garras que tenía en manos y pies, ojos y bocas feroces en sus coyunturas. Toda ella parecía un tejido de serpientes y calaveras; manos, ojos, colmillos y corazones. Me llevó hasta la parte posterior, señalando en el camino cómo los costados de la Coatlicue también estaban perfectamente esculpidos.

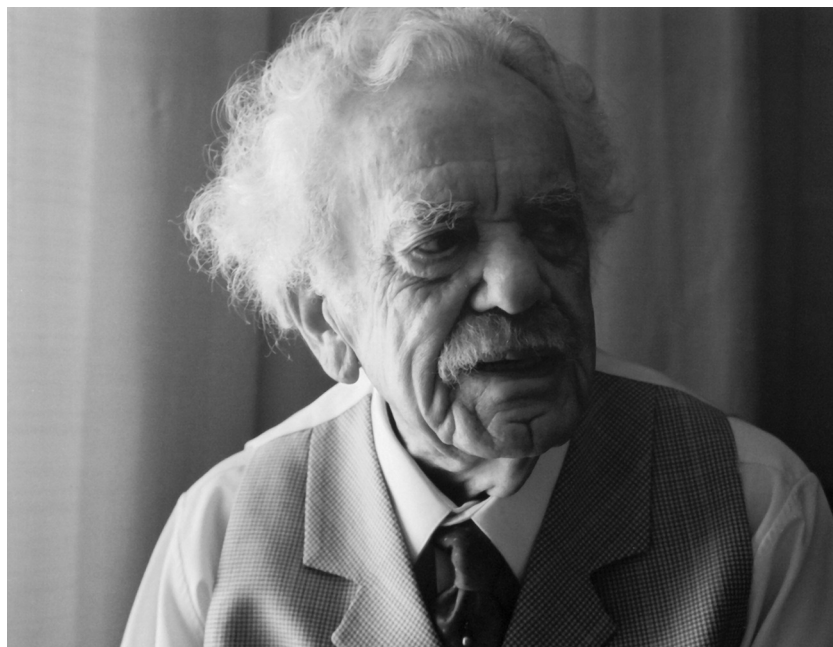
—No solo eso —me explicó—. También está esculpida la base de la Coatlicue, porque había que verla desde el otro mundo, desde la entraña de la tierra.

Pensé de inmediato en el concepto cabalístico —geométrico, desde luego— de que todo cuerpo sólido no tiene cuatro sino seis lados. Un ladrillo simple lo ilustra: lo conforma cuatro costados, un plano superior y otro inferior. El séptimo es el que no vemos, el que representa la *completitud*. Es invisible al ojo humano porque representa la visión de Dios.

—La Coatlicue no es la escultura de una diosa, sino la representación del momento justo anterior a la creación del mundo.²

En otras palabras, había que verla como una especie de mural en tres dimensiones, visible asimismo desde el cielo y el inframundo, en 360 grados. También es una escultura en que el tiempo está retratado. Se trata del instante anterior a lo que nosotros denominamos *Big Bang*, traducido al idioma de los iconos mexicas, cuando todo lo demás se perfila embrionariamente y está a punto de expandirse. ¡Cómo no iba a transmitir semejante carga de vibraciones! Había que tener la sensibilidad para recibirlas y comprenderlas en su propia dimensión, sin confundirlas con el ruido de fondo que constituye la iconografía y simbología occidentales. Bonifaz Nuño trabajó estas ideas de manera profusa en sus

² En *Imagen de Tláloc* (p. 10), Bonifaz Nuño escribió: “Todas [las imágenes contenidas en la *mal llamada* Coatlicue], sin remedio, significando lo mismo: aquella potencia en la inminencia del acto, la participación necesaria del hombre en la creación, la fusión del hombre con el dios en el cumplimiento del acto supremo. [...] La consideración de sus elementos, con sus antecedentes y sus consumaciones, acaso sea poderosa a demostrar que, en esas imágenes que pudieran considerarse omnipresentes en nuestra cultura prehispánica, sus creadores *no pretendieron constituir la imagen de un dios, sino representar simbólicamente el poder del dios en el punto mismo donde va a iniciar su ejercicio*”. (La letra cursiva es mía).



libros sobre “las piedras de los indios”, como el poeta las llamaba con cariño.³

Él, en todo momento, se identificaba como *indio*, jamás como mestizo ni español ni europeo. Esto, al principio, me daba —por partes iguales— risa y curiosidad: la figura de Rubén habría cabido a la perfección, sentado a la mesa de un café londinense o curioseando en las librerías de viejo de esa misma ciudad durante el primer tercio del siglo xx. Nadie habría dicho que estaba fuera de lugar. Después me di cuenta de que tal actitud nada tenía de risible ni de curioso. Él genuinamente se identificaba con los mexicas, los toltecas, los olmecas y sus descendientes. Sé que existía entre ellos y Rubén un puente de comunicación vigoroso y enriquecedor, el cual se percibe no solo en sus ensayos sobre el mundo prehispánico, sino también en su poesía a partir de, quizá, *Fuego de pobres*, cuando empieza a sentirse como una fuerza cada vez más contundente.

Si bien tenía que volver a vencer mi timidez y el temor a ser inoportuno cada vez que le hablaba por teléfono o le pedía cita para pedirle que revisara alguno de mis escritos, en persona se daba a todos, y fácilmente. Lo invité a presentar, en 1983, mi libro *Los cuerpos de la Furia* en la Galería Metropolitana de la Universidad Autónoma Metropolitana. Un par de días antes se sentía indispuerto y me confió por teléfono: “Quiero estar en tu presentación, pero no sé si voy a poder estar para hacerte fuerte”. Lo entendí como una disculpa. El maestro no se sentía bien. Pronto cumpliría sesenta años (para mí, entonces, una suma casi incomprensible, aunque en septiembre de 2013 cumpliré esa misma edad).

³ Menciono el mismo *Imagen de Tláloc*, *Hombres y serpientes. Iconografía olmeca* (Universidad Nacional Autónoma de México, 1989); *Escultura azteca* (Universidad Nacional Autónoma de México, 1989), entre otros.

Di por sentado que haríamos la presentación sin la presencia de Rubén. Pero cuando lo vi entrar por la puerta principal, me llené de júbilo y corrí a abrazarlo. Me sentí soñado, tocado por los dioses, de veras afortunado. Ahora pienso: *qué temeridad la mía, la de haberlo invitado a presentar mi libro*. A veces, cuando uno es joven y logra vencer sus miedos, llega a vivir momentos que lo formarán e impulsarán durante años, el resto de la vida.

Durante nuestras largas conversaciones en sus oficinas en la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria aprendí todo lo que podría haber aprendido sobre la traducción de poesía, sobre métrica y versificación. Con infinita paciencia me enseñó a escuchar la poesía. Me abrió los oídos, como quien dice. Con él descubrí que cada metro tiene su personalidad, su *sonido*. Descubrí por qué son tan diferentes el decasílabo y el endecasílabo, el heptasílabo y el octosílabo. Por fin entendí lo que él pretendía lograr —y lo logró— al combinar versos de nueve y diez sílabas, y por qué se llevan tan bien. Asimismo comprendí por qué sus decasílabos nada tienen que ver con la consabida métrica de los decasílabos patrios, como los que oímos en el Himno Nacional. Fue el primer maestro mío, después de la primaria, que insistió en la importancia de memorizar.

—Hay que traer, impresos en la memoria, versos que serán los modelos de nuestros versos. Hay que hacer nuestras sus cadencias. Así, nunca será necesario contar sílabas y acomodar acentos. Qué va. Uno los siente, se acomodan solos. Hay que pensar con el oído.

A partir de entonces, como ejercicio empecé a versificar lo que me rodeaba: los postes de luz, la calle, los

coches que iban pasando, el anciano recostado en el umbral de su puerta. Todo era capaz de ser convertido en música, traducido al lenguaje de palabras cargadas de sentido y acomodadas estratégicamente para cantar sin necesidad de instrumentos musicales: la poesía es su propia música.

—No hay verso que no se deje —sentenció Rubén en un momento en que analizábamos, en sus oficinas de la Biblioteca, un verso en especial difícil de traducir al castellano, proveniente del poema “Andrea del Sarto” de Robert Browning, dentro de una métrica fija, como el original.⁴ Y tenía razón. Tal vez no se rinda a la primera. Quizá nos demos de topes contra la pared, pero es cierto: *no hay verso que no se rinda*. En alguna parte de esa Biblioteca de Babel que Jorge Luis Borges soñó por nosotros está la solución al enigma, se encuentra la traducción. Hay que permitir que la música y el sentido hallen su vehículo, y se acomodarán ellos solos en un verso límpido y hermoso.

Los últimos años del poeta fueron difíciles. Le gustaba comer con los *Calaca* en el restaurante Rioja, de comida española, en Insurgentes Sur, muy cerca de Ciudad Universitaria. Prefería este lugar por encima de la Tasca de Manolo, en la calle de La Paz, San Ángel, donde antes nos habíamos reunido con frecuencia, porque en el Rioja había mucha más luz: allí aún podía ver, en-

⁴ Cuento esta anécdota más a fondo en un ensayo que apareció en el número-homenaje a Rubén Bonifaz Nuño que le dedicó la revista *Textos* (23/24), año 7, julio-diciembre de 2006, Culiacán Rosales, Sinaloa, México (pp. 27-30).



Rubén Bonifaz Nuño en Monte Albán fotografiado por Sandro Cohen

tre neblinas, a sus amigos. Y siempre que nos reuníamos allí —Fausto Vega, Vicente Quirarte, Carmen Carrara, Bernardo Ruiz, Raúl Renán, Josefina Estrada, Marco Antonio Campos y yo éramos los más asiduos—, otros amigos suyos, escritores y funcionarios universitarios invariablemente se nos agregaban y eso se convertía en fiesta. El chiste de rigor era que había que comer entrada, ensalada, sopa, platillo principal y luego declarar: “Eso fue para *hacer cama*. Ahora vamos a pedir de comer *de veras*”. Pero antes de iniciar la comilona, Rubén siempre anunciaba: “Ahora sí. ¡Vamos a ponernos *hasta atrás* y echar relajo!”. Desde luego, pedíamos por lo menos una o dos botellas de buen vino tinto español —los cuales solía *disparar* don Fausto—, pero Rubén tomaba ya poquísimo.

En su departamento de la calle de Don Manolito, sentados junto a sus incunables y demás libros antiquísimos, acompañados por dagas y monedas del Imperio Romano, me sirvió un coñac. Su sabor me era desconocido, pero eso se convirtió en ritual. Después tuve la fortuna de impartir, durante una buena cantidad de años, talleres de poesía en la Casa de la Cultura de la ciudad de Oaxaca, y en la Universidad Benito Juárez del mismo estado. En ese entonces me aficioné al mezcal, y ahora considero que un buen mezcal rivaliza con el coñac.

Uno de mis alumnos oaxaqueños, el doctor César Mayoral Figueroa —cirujano plástico—, era lector asiduo de don Rubén. Cuando lo nombraron rector de la Universidad Autónoma Benito Juárez me sugirió, a mediados de los ochenta, que lo trajéramos para que ofreciera un magno recital de poesía, el cual se verificó en la Casa de la Cultura. Fue una lectura muy emotiva ante un auditorio atiborrado, con mucha gente de pie. El poeta estaba feliz. Leyó los poemas que había preparado, e incluso recitó de memoria algunos otros que el público le había pedido. Pero su alegría se colmó cuando lo llevé a Monte Albán y pudo recorrer, a sus anchas, la gran explanada ceremonial. Eran los últimos años en que podía ver, aunque fuera, “por el ojo de un carrete, cada vez más estrecho”, como él mismo describía el avance de su retinitis pigmentosa.

La verdad, nunca acabaría de nombrar todo lo que Rubén hizo por mí como maestro y amigo. Escribió, por ejemplo, el texto para la cuarta de forros de mi libro *Redacción sin dolor*, el cual apareció en 1994. Fue testigo de mi boda con Josefina diez años antes. Nos reunimos para la ceremonia civil en un Registro Civil sobre el Paseo de la Reforma, casi junto al viejo edificio de *Excelsior*. Vicente Quirarte, el poeta Guillermo Fernández (1932-2012), el pintor Rafael Hernández Herrera y don Rubén fueron nuestros testigos. Antes de la ceremonia, Vicente, Guillermo y Rubén se congregaron alrededor de un vendedor de tamales y su carrito para desayunar veloz y “exquisitamente”.

Leyó y comentó con gran detalle mi libro *Línea de fuego* (1989). Sobre *Corredor nocturno* (1993) me dijo: “Es una sinfonía”. Nunca supe cómo interpretar este comentario y no le pregunté. Me ganó, de nuevo, la timidez o, más bien, el miedo. “Seguro que no le gustó. Son versículos. En *Corredor nocturno* abandoné la construcción métrica estricta de *Los cuerpos de la Furia y Línea de fuego*”. Tres veces y de modo generosísimo, Rubén me permitió preparar antologías de su poesía. La primera, *Rubén Bonifaz Nuño para jóvenes*, apareció en 1989 bajo el sello del Instituto Nacional de Bellas Artes. Publiqué la segunda, *Amiga a la que amo. Antología de poesía amorosa de Rubén Bonifaz Nuño*, en mi propia editorial, Colibrí, en 2004. La colección Visor de Poesía, de España, publicó la tercera en 2007. Lleva como título *Luz que regresa. Antología*.

Tres años antes, precisamente dentro de Editorial Colibrí, Josefina y yo lanzamos lo que nos imaginamos como una colección importante de libros de poesía mexicana y latinoamericana. Decidimos nombrar esta nueva colección As de Oros, en honor a Rubén Bonifaz Nuño. Y para volver aún más evidente este homenaje, Josefina sugirió pedirle prestado a Rubén su bastón de puño plateado para que los poetas, autores de la colección, posaran con él. La fotografía saldría impresa, rebasada, en blanco y negro, en la portada de cada libro. El primero en aparecer fue el libro de Francisco Hernández, *Soledad al cubo*. Le seguirían muchos más. Entre otros figuraban tomos de Vicente Quirarte, Francisco Cervantes, Juan Bañuelos, Adriana Díaz Enciso, Blanca Luz Pulido, Lucía Rivadeneyra, Jorge Valdés Díaz-Vélez, Alí Chumacero, Minerva Margarita Villarreal y Rubén Bonifaz Nuño mismo, con la antología que mencioné en el párrafo anterior. Solo la fotografía de él en portada salió a color. Fueron unos veinticinco títulos en total. Empleamos el bastón físico en los primeros diez títulos, aproximadamente; para los demás, la fotografía Concepción Morales le hizo imágenes digitales que después pudieran manipularse en Photoshop para que el bastón pareciera entre las manos de los poetas, quienes a la hora de posar, se aferraban al palo de una escoba; en algún momento había que devolverle a Rubén ese bastón, el cual lo había acompañado durante muchas décadas.

Ahora que Rubén no está entre nosotros, se me llena el corazón de pesar porque a lo largo de los últimos treinta años, los mejores de mi vida, nunca lo engalané con adjetivos suficientes, no le hice todas las preguntas que debía, no le saqué fotografías suficientes, no comí con él todas las veces que pude, no nos reímos por lo menos el doble de lo que nos reímos y ya no podemos reunirnos todos los jueves a comer tacos, ponernos *hasta atrás* y seguir gozando de todas las delicias que esta vida —tan loca, hermosa y breve— nos brinda.